

I PRIMERAS PALABRAS

El hecho de que *El Quijote* es una novela donde la ficción tiene un lugar tan relevante, se debe al valor que le dio Cervantes al papel de la lectura de ficciones en la vida. Antes que cualquier otra cosa, Don Alonso Quijano es un lector, y no de memoriales, de la maquinaria de uno de tipos de ficción más leídos en los siglos XVI y XVII, los libros de caballería, “aborrecidos de tantos y alabados de muchos más” (1978: 58). Si existe don Quijote, es porque este es el resultado de las lecturas de Alonso, una especie de puesta en circulación de la ficción como modo de existencia.

Cervantes desarrolló las consecuencias de la ficción en la vida diaria de señores y aldeanos, de pícaros y curas, de aristócratas y arrieros. En aras de desmontar la maquinaria ficcional de los libros de caballería, hizo de la ficción un motor de las acciones a las que se les contesta con puños o con más ficción. Esto nos exige un acercamiento sobre qué es ficción, cómo y por qué surge el fingir, cuáles son sus consecuencias en el “mundo real” y cotidiano, y con qué apoyos teóricos realizamos estas reflexiones.

Lo primero que debo plantear es que las ficciones no son hechos exclusivos de la literatura; aunque esta es una de sus mayores fuentes, la ficción es un recurso del científico (Ferrater Mora, 1990), del simulador, del mentiroso y, en todo caso, una de las maneras con que resolvemos cantidad de aprietos en la vida cotidiana, como las sin salidas y las incompatibilidades (Perelman, 1989: 314-319), en que además se ven involucrados, en no pocas ocasiones, don Quijote y sus compañeros de novela.

Como aconseja Austin, en estos momentos en que necesitamos afilar una palabra-concepto, los diccionarios son de gran ayuda. Veamos.